



te socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damiatá, puesta en lo postrero de Egipto. Cuanto á las revueltas de Francia, los dos Raimundos ó Ramones, padre é hijo, condes de Tolosa, acudieron al concilio para pleitear contra Simon de Monforte, que los tenía despojados de su estado.

La resolución fué que los condenaron como á herejes, y adjudicaron á Simon de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demas pueblos y ciudades que había ganado á los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fué á verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes como feudatario suyo por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel rey confederación y perpétua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban á sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributos muy graves que derramó sobre aquellos estados, incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera, que muchos pueblos á la ribera del río Ródano se le rebelaron y se entregaron á Raimundo, el más mozo, hijo del despojado y áun poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa: para todo ayudó mucho, que diver-

sos señores de Francia y de Cataluña, sin embargo de lo decretado por el papa y por el concilio, acudieron con sus fuerzas á aquellos príncipes despojados y pobres.

El de Monforte pretendia con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y áun saliera con la empresa, si no le matáran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco: hombre dignísimo de más larga vida y de mejor fin, por sus muchas virtudes y valor, y que á la destreza de las armas, igualaba su piedad y amor de la religion católica. Dejó dos hijos en edad muy florida, el uno se llamó Aimerico, el otro Simon. El Aimerico, luégo que mataron á su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba á su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor: así, desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos, y contrastar con tantos príncipes como le hacian resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregalos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable, trueco muy desigual: esto pasó tres años adelante; volvamos á la órden de los tiempos que poco arriba dejamos.

## CAPÍTULO VI

Los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.—D. Enrique.—D. Fernando el Santo.

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretension, y solicitaban á Garcí Lorenzo para que les ayudase: él, engolosinado con las promesas que le hacian, y porque no se le pasase aquella ocasion de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedian. Sólo esperaba alguna buena coyuntura; y hallada, dijo un día á la reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada, y sobre las fuerzas mayormente de mujer: encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La reina, que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. «¿Quién (dijo) me podrá des-cargar deste cuidado? ¿Quién os parece á propósito para encargalle el gobierno y la crianza del rey?» Respondió: ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala á los de la casa de Lara, que podrán acudir á todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.

Parecióle bien este consejo á la reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores, para consultar el negocio. Los más, preguntado su parecer, se allegaron al de Garcí Lorenzo, y se conformaron con la

voluntad de la reina, unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente, como de mujer, y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolución que la reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazón de Roma el arzobispo D. Rodrigo, con poder y autoridad de legado del papa: no le plugo nada que la reina renunciase: pero el negocio le tenían tan adelante, que no se atrevió á contradecir. Sólo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarian por el bien comun y por el pro de todo el reino, en particular que no darian ni quitarían tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la reina y sin su voluntad; que no harían guerra á los comarcanos, ni derramarían nuevos pechos sobre los vasallos; finalmente, que á la reina doña Berenguela tendrían el respeto que se debía y era razon tenerle á la que era hermana, hija y mujer de reyes.

Con este homenaje les parecia se cautelaban y aseguraban que todo procedería bien y á contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar á los ambiciosos, y si el poder adquiri-





do por malos medios tuviese de ordinario mejores los remates. Fué así, que luégo que don Álvaro, el mayor de los hermanos, se apoderó del gobierno, partió de Búrgos, do se hizo la renunciacion y todos estos conciertos. Lo primero desterró del reino á ciertos señores por causas ya verdaderas ya falsas. Apoderóse de los bienes públicos y particulares, sin perdonar á las mismas rentas de las iglesias. A los patronos legos, que tenían derecho y costumbre de presentar para los beneficios de las iglesias, quitó aquella libertad, con color que no eran de órden sacro y de reparar el culto divino, que en muchas maneras andaba menoscabado. En todo procedía por vía de fuerza, sin cuidar de las leyes, ni de la revuelta que los tiempos amenazaban. Pasó tan adelante en esta rotura, que puso en necesidad á D. Rodrigo, dean de Toledo y vicario del arzobispo, de pronunciar sentencia de excomunion contra el dicho don Álvaro gobernador. Enfrenóse algun tanto por este castigo, y hizo alguna restitution y satisfaccion de los daños pasados; pero no se mudó del todo su condicion y mal ánimo. Juntó córtes en Valladolid. Acudieron á su llamado y á su persuasion por la mayor parte los de su parcialidad y de su valía, que so color del bien público y con voz de todo el reino, ayudaron sus intentos de arraigarse en el gobierno y pertrecharse con todo cuidado para lo que pudiese resultar. Este fué el principal efecto de aquellas córtes.

A gran parte de la nobleza pesaba mucho que D. Álvaro con aquellas trazas se apoderase de todo sin que nadie le pudiese ir á la mano, y que uno sólo tuviese más fuerza y autoridad que todos los demas. En especial don Lope de Haro, hijo de D. Diego de Haro, y D. Gonzalo Ruiz Giron, mayordomo de la casa real, y sus hermanos, que todos eran de los más principales, sentían mucho el desórden. Comunicaron entre sí el negocio: acordaron hacer recurso á doña Berenguela, y querellarse de la renunciacion que hizo del gobierno. Pusiéronle delante el peligro que todo corría, si prestamente no se acudía con remedio: que bien estaban satisfechos del buen ánimo é intencion que tuvo en renunciar el gobierno;

mas pues las cosas sucedían al revés de lo que se pensó, era forzoso mudar propósito y volver al oficio y cuidado que dejó para que aquellos hombres locos y sin término no acabasen de hundillo todo: «¿Por ventura será razon que antepongais vuestro descanso y quietud al bien comun y pro de todo el reino, permitir que todos nos despeñemos y nos perdamos? ¿Por qué no quitaréis el oficio y cargo que sin darnos parte renunciastes, á un hombre sin juicio y desatinado? Librad, pues, á nos y al reino de las tempestades que á todos amenazan; que si en este trance no nos acudís, será forzoso remediar los daños con las armas. Mirad, señora, no se diga que por el deseo de vuestro particular descanso fuistes causa que el reino se revolviere y alterase, como será necesario.»

Movían estas razones á la reina; conocía el yerro que hizo; todavía, como era mujer y flaca, no se atrevía á contrastar con los que tenían en su poder las fuerzas y las armas del reino. Temía que si intentaba de despojarlos del gobierno, resultarían mayores males: tomó por expediente avisar á los de Lara de la jura que hicieron de gobernar el reino con todo cuidado sin hacer agravios ni demasías, en que parecía haberse desmandado. Sirvió este aviso muy poco, ántes irritado D. Álvaro se apoderó del Estado y pueblos de la misma reina, y no contento con esto, la mandó salir de todo el reino: grande atrevimiento y afrenta notable, bien fuera de lo que sus obras merecían y de lo que la nobleza y agradecimiento pedía. La reina, por excusar mayores inconvenientes, en compañía de su hermana la infanta doña Leonor, se retiró al castillo de Otella, cerca de Palencia, por ser una plaza muy fuerte: muchos de los grandes tomaron su voz, en que perseveraron hasta la muerte del rey su hermano. Todo era principio de algun gran rompimiento, mayormente que á D. Gonzalo Giron removieron del oficio de mayordomo mayor, y se dió á D. Fernando de Lara, hermano de D. Álvaro. Al rey, aunque de poca edad, no contentaban estas tramas: deseaba hallar ocasion para librarse de los que en su poder le tenían, y irse para su hermana. Era por demas tratar



desto, porque D. Álvaro le tenía puestas guardas y tomados los pasos: demas desto, para asegurarse más y ganalle la voluntad con deleites, fuera de tiempo trató de casarle. Despachó embajadores para pedir por mujer del rey á doña Malfada, hermana del rey de Portugal, D. Alonso. Concertóse el casamiento, y trajeron la novia á Palencia, do se celebraron las bodas.

Recibió desto mucha pesadumbre doña Berenguela por los daños que podían resultar á causa de la edad del rey, que era muy poca. Escribió sobre el caso al papa Inocencio: avísóle del deudo que tenían entre sí los desposados.

El papa, informado de todo, por un breve suyo remitió el negocio á los obispos D. Tello de Palencia y D. Mauricio de Búrgos, para que examinasen lo que la reina decía, y si se averiguase el impedimento, apartasen aquel casamiento, so graves penas y censuras si no obedeciesen á sus mandatos. Los obispos, luégo que recibieron el breve, procedieron en el caso como les era mandado, y averiguado el parentesco que se alegaba, dieron sentencia de divorcio; con que la desposada, á lo que se cree, doncella y sin perjuicio de su virginidad, dió la vuelta á Portugal. Allí fundó el monasterio de Rucha, y en él pasó lo que le restó de la vida santa y religiosamente, aunque muy sentida, no sólo de aquella mengua, sino en especial contra D. Álvaro, que no contento de haberle sido causa de aquel daño, trató de casarse con ella; que fuera un trueco muy desigual y de reina sujetarse á su mismo vasallo.

Todo esto pasaba en Castilla el año que se contó de Cristo mil doscientos diez y seis, en que á diez y seis de Julio falleció en Roma el papa Inocencio III, persona de aventajadas prendas y virtudes, y que pocos en el número de los pontífices se le igualaron; en particular, fué muy elocuente y muy sabio en letras divinas y humanas. Sucedió en su lugar Honorio III, natural de Roma, en cuyo tiempo y pontificado falleció en aquella ciudad la reina de Aragon doña María, madre del rey D. Jaime: sepultaron su cuerpo en el Vaticano, cerca del sepulcro de Santa Petronila. Allí reposaron sus huesos de los muchos trabajos que padeció por to-

da su vida, desterrada de su reino y de su patria, pobre y apartada de su marido. En su testamento dejó encomendado su hijo y el reino de Aragon al pontífice, para que como padre universal los recibiese debajo de su proteccion y amparo. La edad del rey tenía necesidad de semejante favor, y por estar los del reino divididos en parcialidades, de que se temían revueltas y guerras, era menester que la prudencia del pontífice los enfrenase, lo que él hizo con todo cuidado por cuanto le duró la vida.

En esta sazón D. Ramon, conde de la Proenza, por cartas que sus vasallos le enviaban, se determinó de huirse secretamente de Monzon, do le tenían como preso en compañía del rey de Aragon, su primo. Embarcóse en una galera que en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, le tenían aprestada. Con su llegada á su estado se apaciguaron graves diferencias que andaban entre los principales de aquella tierra, como los que estaban sin cabeza, y cada cual pretendía poner mano en el gobierno. Tomás, conde de Mauriena, cepa de los duques de Saboya, tenía una hija, por nombre Beatriz, que casó con este D. Ramon, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron cuatro hijas, que casaron las tres con otros tantos reyes, y la cuarta con el emperador: rara felicidad y notable. La huida de D. Ramon fué ocasion de poner en libertad al rey de Aragon. D. Guillen Monredon, maestro del Temple, comenzó á recelarse por este ejemplo no le sacasen con semejante maña de su poder al rey, que sería ganar otros las gracias de ponelle en libertad y quedar él cargado de habelle tenido tanto tiempo como preso. Con este cuidado, y para dar corte en lo que se debía hacer, se comunicó con D. Pedro de Azagra, señor de Albarracin, y con D. Pedro Ahoñes, ambos personajes de mucho poder y nobleza. Acordaron de llamar á Monzon á D. Aspargo, que de obispo de Pamplona lo era á la sazón de Tarragona, y D. Guillen, obispo de Tarazona. Juntos que fueron, de comun acuerdo se resolvieron de poner al rey en libertad y entregalle el gobierno del reino, si bien no pasaba de nueve años. Tomaron este acuerdo por el mes de Setiembre, y se juramentaron entre sí de llevar adelante esta resolucion.





No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan pasiones y parcialidades. D. Sancho, tío del rey, que tenía el gobierno del reino, sabido lo que pasaba, con intento de conservarse en el mando llevaba muy mal aquel acuerdo. Desmandábase en palabras y fieros en tanto grado, que llegó á amenazar cubriría de grana el camino por do el rey pasase, que era tanto como decir le regaría con sangre de los que le acompañasen. Su soberbia era tan grande, que nunca pensó se atrevieran á lo que hicieron; y todavía se fué con buen golpe de gente á Selga, que es un pueblo puesto en el mismo camino por do habían de pasar. El rey, cuando esto supo, tuvo miedo, tanto, que sin embargo de su poca edad, se puso una cota de malla con intento de pelear, si fuese necesario. Valió que D. Sancho, aunque tenía en las manos la victoria, por ser muy pocos los que acompañaban al rey, bien que de los más ilustres y principales, no se determinó á acometellos: la causa no se sabe: parece que le cegó Dios para que no viese la caída que deste principio muy en breve le esperaba.

El rey, libre deste peligro, pasó á Huesca; de allí á Zaragoza. Allí y por todo el camino se hicieron grandes fiestas y alegrías y recibimientos por velle puesto en libertad, ca todos esperaban y tenían por cierto que para adelante el gobierno procedería mejor que hasta allí, y los daños del reino se remediarían. Convenía dar asiento en negocios muy graves que tenían represados, sosegar las voluntades y parcialidades, alentar á los buenos y cortar los pasos á los no tales. Para todo tenían necesidad de recoger dineros, de que se padecía gran falta, á causa de los gastos que los años pasados se hicieron, y de los bandos y pasiones que continuaban y todo lo tenían consumido. Los catalanes acudieron á esta necesidad con mucha voluntad: otorgaron que se cobrase el tributo que vulgarmente llaman bovatico, por repararse por las yuntas de bueyes y las demas cabezas de ganados. Este tributo se concede pocas veces y sólo en tiempo de graves necesidades; y sin embargo de que le otorgaron al rey D. Pedro los años pasados por tres veces, al

presente se le concedieron al rey D. Jaime, su hijo, que fué el año mil doscientos diez y siete. Fué esta concesion de grande momento, de que se recogió tanto dinero cuanto era menester para el sustento de la casa real y para apercibirse de gente que enfrenase las demasías de cualquiera que se desmandase.

La division y enemiga entre D. Álvaro de Lara y la reina doña Berenguela traía alborotado el reino, pequeños y grandes: unos acudían á una parte, otros á la contraria, de que resultaban muertes y robos, y otro género de maldades. Sucedió un nuevo embuste de D. Álvaro, con que echó el sello á los demas desórdenes y trazas. Pasó el rey al reino de Toledo, y entreteníase en Maqueda, villa poco distante de aquella ciudad. Doña Berenguela, su hermana, cuidadosa de su salud, le despachó un hombre para que de secreto le visitase de su parte y le llevase nuevas de todo lo que pasaba. Tuvo D. Álvaro desto aviso; prendió al hombre con achaque que traía cartas, que él mismo contrahizo con el sello de la reina, en que persuadía á los de palacio diesen hierbas al rey su señor. Para dar mayor color á esta invencion, y para hacer sospechosa á la reina y que el rey se recatase de la que era su amparo, hizo dar garrote al mensajero, que sin culpa alguna estaba.

Con este hecho tan atroz se enconaron más las voluntades: los mismos vecinos de Maqueda, sabido el embuste, con mano armada pretendieron dar la muerte á hombre tan malo, y salieran con ello si con tiempo no se retirára y en compañía del rey se partiera camino de Huete. Á aquella ciudad envió de nuevo la reina doña Berenguela, á instancia del mismo rey, otro hombre, que se llamaba Rodrigo Gonzalez de Valverde, para comunicar con él la manera que tendria para retirarse donde la reina estaba. Á este tambien prendieron y enviaron á Alarcon para que allí le guardasen: no se atrevieron á darle la muerte por no indignar más la gente; la tempestad empero que con estas nubes se armaba revolvió sobre los señores que seguían el partido de la reina. Tuvo el rey la cuaresma en Valladolid: desde allí envió D. Álvaro buen golpe de gente para cer-



car á Montalegre, en que se tenía D. Suero Tellez Giron, caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien apercebido de soldados para defender aquella plaza: demas que tenía dos hermanos, el uno D. Fernando Ruiz, y el otro D. Alonso Tellez, que le pudieran acudir, y no lo hicieron por respeto del rey, ántes D. Suero, luégo que en nombre del rey le requirieron entregase aquella fuerza, lo hizo, si bien se pudiera entretener largamente; mas los nobles antiguamente en España sobre todo se esmeraban en guardar á sus príncipes el respeto y la debida lealtad. Despues desto corrieron los campos comarcanos, y el rey mismo con su gente se puso sobre Carrion. Desde á poco pasó sobre Villalva, dentro de la cual fuerza se hallaba Alonso de Meneses, no ménos ilustre que los Girones, pero no tan comedido como ellos.

La venida del rey fué de sobresalto, y don Alonso á la sazón se hallaba fuera del pueblo; para entrar dentro le fué forzoso hacerse camino con la espada, en que estuvo á punto de perderse, y quedó herido y muertos muchos de sus criados, y algunos caballos que le tomaron en la refriega; sin embargo, defendió aquella plaza obstinadamente hasta tanto que el rey, perdida la esperanza de salir con la empresa, dió la vuelta para la ciudad de Palencia en sazón que por otra parte se hacia la guerra contra D. Rodrigo y D. Álvaro de los Cameros, en cuyo poder estaba la ciudad de Calahorra. Acudió el rey á esta empresa; con que fácilmente se apoderó de aquella ciudad por entrega que Garci Zapata le hizo del castillo, cuyo alcaide era, sea por acomodarse al tiempo, ó por juzgar le sería mal contado si hacia resistencia á su rey, que se hallaba presente.

Tomada aquella ciudad, marcharon contra D. Lope de Haro, señor de Vizcaya. La tierra es áspera y la gente muy aficionada á sus señores, que fué causa que la guerra se alargase y el rey diese la vuelta; esto dió ánimo á don Lope para con la gente que tenía junta para su defensa, hacer entrada por las tierras del rey y correr los campos sin reparar hasta la villa de Miranda de Ebro. Salióle al encuentro D. Gonzalo, hermano del gobernador D. Álva-

ro; asentaron sus reales los unos á vista de los otros con intento de pelear. Excusóse la batalla por la diligencia de varones graves y religiosos que se pusieron de por medio, y les persuadieron desistiesen de aquel intento, de que resultarían graves daños por cualquiera de las partes que quedase la victoria.

Con esto D. Gonzalo se partió para do el rey estaba, y D. Lope se fué á Otella, para verse con la reina doña Berenguela y asistilla, ca se temía no la cercasen dentro de aquel castillo, y áun refieren que el rey con su genite más por engaño de D. Álvaro que por su voluntad, lo intentó: sin hacer empero efecto, dió la vuelta á Palencia. Añaden que se trató de casar de nuevo el rey con doña Sancha, hija del rey D. Alonso de Leon, y de su primera mujer, y que estuvieron muy adelante los conciertos, con tal que la infanta heredase el reino de su padre, sin embargo que tenía en doña Berenguela á su hijo D. Fernando; la verdad ¿quién la podrá averiguar? que la historia deste tiempo no ménos revueltas y perplejidades tiene que las mismas cosas del reino. Concuerdan en que como el rey estuviese aposentado en las casas del obispo, y jugase con otros sus iguales en el patio, fué muerto por un caso repentino y desgracia extraordinaria; una teja que cayó le descalabró la cabeza, de que desde á once dias murió mártes á seis de Junio año de mil doscientos diez y siete. Gran burla de las cosas del mundo, gande la miseria, pues muere un rey jóven en la flor de su edad, en la entrada del reino, que apenas habia probado qué cosa es vivir y reinar.

Hay fama, aunque sin autores bastantes, que un mancebo del linaje de los Mendozas tiró una piedra desde una torre que estaba cerca, y con ella quebró la teja que cayó sobre la cabeza del rey y le mató. El cuerpo el tiempo adelante enterraron junto á la sepultura de su hermano D. Fernando, en las Huelgas de Búrgos, en que cada año el dia de su muerte le hacen aniversario en aquel mismo tiempo. Vivió ménos de catorce años; dellos reinó los dos y más nueve meses.

Este mismo año en Portugal se ganó de los





moros un pueblo principal que se llama Alcázar de Sal, y antiguamente se llamó Salacia, y era colonia de romanos. El autor y movedor principal desta empresa fué Mateo, obispo de Lisboa: él juntó para ello mucha gente de Portugal, y persuadió á los caballeros Templarios que ayudasen; y lo que más hizo al caso, una armada de más de cien velas, en que gran número de ingleses, flamencos y franceses, tomada la señal de la Cruz por lo que se trató en el concilio Lateranense, pretendían, rodeado el mar Océano y Mediterráneo, pasar á las partes de Levante y á la Suria en defensa de la Tierra Santa, y para dar calor á aquella guerra sagrada, aportó á Lisboa y echó anclas en aquel puerto: éstos, á persuasión de aquel prelado, se juntaron con los demas para combatir aquel pueblo. Acudió á la defensa y á dar socorro á los cercados gran morisma de Sevilla, Córdoba y otras partes. Vinieron á batalla, en que murieron más de sesenta mil moros: gran matanza. Dióse la batalla á los veinticinco de Setiembre, y á los diez y ocho de Octubre se ganó la plaza.

El rey D. Enrique tenía dos hermanas mayores que él, doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis, hijo mayor de Philippe Augusto, rey de Francia, doña Berenguela á su marido D. Alonso, rey de Leon, durante el matrimonio le parió cuatro hijos, que fueron D. Fernando, D. Alonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aventajaba en la edad, ca era mayor que su hermana, y parecia justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernára por las leyes y por los libros de juristas, y no más aina por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretendores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salíó por resolución, de comun acuerdo sin hacer mención de doña Blanca, que el reino y la corona se diesen á su hermana doña Berenguela. Aborrecían como es ordinario el gobierno de los extranjeros, y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrian dello resultar alteraciones y daños.

Antes que esta resolución se tomase, la reina doña Berenguela, para evitar inconvenientes, despachó á D. Lope de Haro y á Gonzalo Ruiz Giron, para que alcanzasen del rey de Leon le enviase á su hijo D. Fernando para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de D. Álvaro Nuñez de Lara el gobernador, que á la sazón la tenía cercada dentro de Ote-lla, como queda dicho. Desistió por entón-ces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco: al presente, sabida la desgracia del rey su hermano, volvió á su primera demanda. Era menester usar de presteza ántes que la muerte del rey llegase á noticia del rey de Leon, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado; el recelo, por lo que se vió adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal priesa, y usaron de tal diligencia, que ántes que el rey de Leon supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron dél lo que pretendían. Fué cosa fácil encubrir la muerte del rey por causa que el conde D. Álvaro ponía en esto gran cuidado; el cual, aunque de repente se vió apeado del gran poder que tenía, no se olvidó de sus mañas, ántes llevó el cuerpo del difunto á Tariego. Dende echaba fama que vivía, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas porque no salía en público ni comunicaba con nadie. Bien vía él que semejante invención no podía ir á la larga; mas procuraba en este medio pertrecharse y asegurarse lo más que podía.

Llegó, pues, el infante D. Fernando á Ote-lla, donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendía, que fué renuncialle luégo, como lo hizo, el reino y la corona. La ceremonia que se acostumbra á hacer cuando alzan á alguno por rey, se hizo en la ciudad de Nájara, debajo de un gran olmo, tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo rey, y hicieron las demas solemnidades. De Nájara volvieron á Palencia con intento de visitar el reino: recibieron los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría, á persuasión de su obispo D. Tello, que con su autoridad y diligencia los



allanó, y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante. Llegaron á la villa de Dueñas, que les cerró las puertas: pero como quier que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres á mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demas de su valía. El conde D. Álvaro de buena gana daba oídos á los que desto trataban; todavía como el que estaba acostumbrado á mandar, pretendía llevarlo adelante, y para esto queria le encargasen la tutela del nuevo rey: gran soberbia y temeridad.

Tenía D. Fernando á la sazón diez y ocho años, si bien otros dicen que no eran más de diez y seis: edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Las cosas amenazaban rompimiento y guerra. Los reyes pasaron á Valladolid, pueblo grande y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa córtes del reino, en que por voto de todos los que en ellas se hallaron, se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reinos de su hermano, segun que por dos veces lo tenían ya determinado en vida del rey su padre. Así lo refiere el arzobispo D. Rodrigo: añade luégo que era la mayor de sus hermanas, que lo tengo por más verosímil, si bien otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la reina, por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobación de las córtes á renunciar el reino á su hijo, y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron á la iglesia mayor para que él jurase los privilegios del reino, y los demas le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades.

Por otra parte, el rey de Leon, su padre, luégo que supo lo que pasaba, y cómo la reina le engañó, se dolía grandemente de verse burlado. No le pareció que podría por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla: acordó acudir á la fuerza, envió delante á su hermano D. Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo, con otro grueso ejército, entró por tierra

de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La reina, aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos, Mauricio, de Búrgos, y Domingo, de Ávila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al rey, y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretension tan fuera de camino y de sazón. Esta diligencia no fué de provecho alguno, ántes el pecho del rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde D. Álvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldria con su intento; y á la verdad, la guerra para ellos era de provecho, y la paz les acarrearía mal y daño. Despedidos los obispos, prosiguió el rey con su gente en las talas que hacia, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Búrgos, ciudad real y cabeza de Castilla; mas D. Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron á dar la vuelta más de priesa que viniera.

Las ciudades de Segovia y Ávila, que por estar prevenidas del conde D. Álvaro no vinieron en la elección del nuevo rey, al presente mudado parecer enviaron sus embajadores á la reina para disculparse de lo pasado y para adelante ofrecerse á su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo rey y en hacer resistencia á los alborotados. Por otra parte, el conde D. Álvaro, visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey D. Enrique, que todavía le tenía en Tariego sin dalle sepultura, le llevasen á enterrar. Acudieron á esto dos obispos, el de Búrgos y el de Palencia. La reina doña Berenguela, que los esperaba, desde allí junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Búrgos, como arriba se tocó. No acudió el rey D. Fernando por tener cercado á Muñon, pueblo fuerte y que no queria obedecer; pero, en fin, le ganó por fuerza, prendió dentro de él los soldados que tenía de guarnicion en sazón que la reina su madre, concluidas las honras y enterramiento, dió la vuelta para verse con su hijo. De allí fueron á Búrgos para asistir en las córtes que tenían aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de